

EDIFICAR JUNTOS NUESTRO FUTURO

Por ROBERTO VEIGA GONZÁLEZ

I

Cuba, desde hace tiempo, vive un proceso progresivo de inflexión. Según algunos, dicho camino resulta tímido y carece de los canales necesarios para desatarlo debidamente. Esto puede ser cierto, pero la escasez de legitimidad de estos déficits es sólo parcial. Los temores y las insuficiencias que marcan este andar, en mi opinión, responden en alguna medida a nuestras circunstancias históricas y políticas, y por ello pueden corresponder al ritmo natural de un cambio que podríamos denominar “a lo cubano”.

Esto no implica que dejemos de trabajar para facilitar las mejores condiciones con el propósito de acelerar y completar este camino nacional. Todo lo contrario, hemos de empeñarnos en hacerlo, pero oteando intensamente los signos de los tiempos, o sea, discerniendo la realidad concreta de la nación, así como sus necesidades y posibilidades reales. De lo contrario podríamos engendrar nuevos males, nuevas injusticias, nuevos desequilibrios, que tal vez dañarían la vida del país durante unas cuantas décadas más. Este es uno de los mayores desafíos que hoy enfrentamos los cubanos.

II

Los antecedentes más remotos de este momento de inflexión quizá puedan encontrarse en nuestro pasado lejano. Sin embargo, los más sustanciales y explícitos datan de la década del 80 del pasado siglo. En aquella época la mayoría de la sociedad cubana ya era muy consciente de las deficiencias del modelo instaurado en el país, que imponía una excesiva restricción económica, así como cierta fractura del quehacer político nacional y de la unidad de la vida familiar. Dicho sentir emergía, por ejemplo, de las consecuencias negativas del establecimiento de estructuras y conceptos soviéticos-estalinistas, de la nueva experiencia que aportaba a la sociedad de la Isla el contacto con la diáspora cubana (iniciado durante la administración del presidente Carter), de la sangría migratoria que había tenido un clímax en el llamado éxodo del Mariel, y de los ecos del descontento y de la fisura en el entonces campo socialista de Europa del Este.

Finalmente, el desmerengamiento de este bloque ideológico-político dejó a Cuba en una crisis mayor, que implicó un traumático deterioro de la endeble economía del país. Sin embargo, debo precisar, la crisis mayor fue de paradigmas. A partir de ese momento se acentuó, en unos casos, la duda y, en otros, el rechazo en relación con todas las certezas que se habían ido haciendo hegemónicas acerca de cómo organizar y desarrollar la vida personal, familiar y social. Esto demandó un replanteamiento de todos los conceptos y las estructuras con el propósito de facilitar que se cincelara un nuevo modelo socio-político, capaz de no renunciar a los fundamentos del imaginario social que habían hecho posible la Revolución y lo aspectos que para muchos constituían sus conquistas, pero también apto para alejarnos de todas aquellas teorías y prácticas que la experiencia mostraba como erróneas o dañinas.

Pero aquel proceso no se desarrolló de una manera suficiente. Hubo un ajuste –económico, político y simbólico–,

pero excesivamente limitado, que no desató todas las potencialidades humanas y, por tanto, frenó la actualización del modelo social, económico y político. El equilibrio y desarrollo de la nación necesitaban una reforma profunda que debió iniciarse a más tardar en la segunda mitad de la década del 80 del siglo XX. Ello hubiera asegurado mejores condiciones, tanto subjetivas como materiales, para erigir una economía estable y próspera, consolidar un proyecto social inclusivo, capaz de atenuar errores y aliviar heridas, así como desarrollar una democracia sustentada por amplísimas cuotas de libertad y fraternidad. Conseguir esto hoy es mucho más difícil.

La no implementación de la reforma debida generó un estado social calamitoso que desató, por ejemplo, el sufrimiento de muchos, cierto egoísmo en las relaciones interpersonales, determinada apatía social, y un intenso éxodo –sobre todo de los más aptos y más jóvenes–. Esto, junto a otras consecuencias, ha empobrecido al país y afecta hoy la concreción de las mejores condiciones para asumir una reestructuración que encamine a la nación hacia un presente y un futuro más armónico y próspero.

No obstante, la generalidad del pueblo añora una mejoría, mayores espacios para desarrollar la subjetividad, pero sin nuevos vencidos. El anhelo general legitima un cambio que promueva mayores libertades y mecanismos inclusivos, pero teniendo en cuenta al actual gobierno del país, al cual le asigna el deber de facilitar dicho proceso.



El anhelo general legitima un cambio que promueva mayores libertades y mecanismos inclusivos, pero teniendo en cuenta al actual gobierno del país, al cual le asigna el deber de facilitar dicho proceso.

Acerca de cómo hacer dicha reforma y hacia dónde encaminarla existen muchísimos criterios. Hasta tal punto concurrir esa diversidad, y tanta ha sido la elaboración que alcanza en determinados casos, que ya se puede hablar de la existencia de varias Cubas. Esto se expresa por medio de la opinión que con libertad se manifiesta en la Isla; ya sea en los hogares, en los barrios, en los centros de trabajos y estudios, etcétera. No obstante, debo precisar, aún falta mucho para que estas opiniones puedan canalizarse debidamente a través de los medios de comunicación, de las instituciones estatales y de las organizaciones sociales. Existen escasos medios de comunicación y muy débiles proyectos sociales que emergen como expresión e institucionalización de todas estas opiniones, de todos estos anhelos. En tal sentido, se hace imprescindible que el Estado, con toda su fuerza, facilite el desarrollo de toda esta energía potencial con el objetivo de fortalecer la sociedad civil cubana y conseguir así una posibilidad mayor de trabajar por un modelo socio-político más justo.

III

El actual presidente de la República de Cuba, el general Raúl Castro, ha expresado su disposición de cambio y es evidente que trabaja para lograrlo. Lo hace con suma cautela, a partir de mucho análisis y paso a paso (o más bien: pasito a pasito, como él mismo ha dicho). Parece que desea evitar errores e imprevistos que desestabilicen al país y al gobierno. Esto desespera a muchos porque sienten que la crisis en la cual viven le hace malgastar sus vidas. No obstante, es necesario aceptar cierta gradualidad, siempre que la misma no conduzca a una lentitud estéril.

El primer mandatario ha inaugurado un estilo novedoso y plantea objetivos renovados. Se ha declarado, por ejemplo, que se expresen y escuchen todas las opiniones, se ofrezca mayor libertad a las relaciones interpersonales, se logre una relación más armónica entre la Isla y su emigración, se reforme el sistema penal, se gobierne de manera colegiada, se fortalezca el desempeño de las instituciones, se descentralice la gestión de gobierno, se vigorice la labor del legislativo, el trabajo del empresariado estatal goce de autonomía, más o menos el cincuenta por ciento de la economía sea privada, así como un partido político único que no gobierne y sea plural –o sea, que sustente una base política capaz de estimular a muchos para integrar sus filas y permita dentro del mismo el criterio libre, la posibilidad de hacer propuestas y el debate responsable; en fin: un desempeño político partidista mucho más plural y adecuado a su naturaleza-.

Este breve e incompleto esbozo de las aspiraciones socio-políticas de la dirección del país muestra la existencia de un programa de gobierno que pretende renovar conceptos y estructuras del Estado y de la sociedad. Es cierto que puede partir de una visión parcial, y que no asimile criterios importantes de personas y sectores, pero es innegable que –de lograrse concretar, lo cual parece una tarea difícil- pudiera constituir un paso de avance y crear condiciones en el país, la nación, para más adelante conseguir la realización de aspiraciones más diversas y profundas.

Por mi parte, preferiría una reforma más audaz. Por ejemplo: permitiría la existencia de varios partidos políticos, todos bajo la condición de una obediencia plena a los fundamentos de un Estado diseñado por el pueblo y renovado sistemáticamente por el mismo. Igualmente promovería un empresariado privado más robusto y dedicado también al quehacer produc-

tivo, así como liberaría mucho más el mercado. No obstante, reitero, aunque pueda discrepar de determinados aspectos de las propuestas oficiales hasta ahora hechas públicas de alguna manera y tenga otras aspiraciones aún no canalizadas, siento la responsabilidad de ayudar al éxito de esas ambiciones del gobierno, pues ello redundaría en un ensanchamiento del bien común y de las posibilidades futuras.

Esto último no implica una apoyo acrítico. Se hace necesario hacerlo desde el compromiso de iluminar por medio de la expresión –responsable- de los criterios personales. En este sentido, desde mi compromiso con la nación, podría presentar un conjunto de propuestas. Entre ellas deseo hacer énfasis en un tema que me preocupa sobremanera. Según mi criterio, el fundamento material, así como el equilibrio laboral y social de todo el universo de las transformaciones que puedan realizarse en el país, dependerá del triunfo económico, y éste estará sujeto al éxito que pueda alcanzar la institucionalización del trabajo no estatal. Y para ello, es imprescindible extenderlo a sectores productivos, garantizarle todos los aseguramientos posibles, así como reducirle las cargas impositivas que pueden desestimular y ahogar la iniciativa económica.

IV

Al respaldo que podamos concederle a los criterios responsables y las propuestas sensatas, capaces de contribuir, al menos parcialmente, al bienestar general, le otorgo una gran importancia. Sólo apoyando lo positivo de los otros será posible que éstos nos apoyen también a nosotros. Únicamente desde una dinámica de esta naturaleza será posible acercarse a la confianza política requerida para que todas las opiniones puedan participar y seamos capaces de llegar a los consensos necesarios.

La existencia de “varias Cubas” en la comunidad nacional demanda la posibilidad de convivencia, incluso fraternal, de todos esos imaginarios. Por tanto, la estabilidad y el desarrollo del país pasan por la rearticulación del consenso entre los ciudadanos de una nación posiblemente hoy más plural que nunca. Sin embargo, padecemos de un reto muy grave: el tiempo que demanda la construcción del consenso nacional acerca de cómo hacer las reformas y hacia dónde encaminarlas resulta mucho mayor que el tiempo que reclama la solución de muchísimos de nuestros problemas sustanciales. En tal sentido, hemos de promover intensamente la disposición al diálogo y acelerar las consiliaciones, mientras apoyamos –sin escrúpulos y prejuicios- las iniciativas positivas que vayan emanando del gobierno y resulten un paso de avance en la búsqueda del bienestar general.

Existen cubanos dispuestos a desplegar dicho propósito, ya sea en la oficialidad, en el emergente entramado de nuevas iniciativas sociales de la Isla y en grupos y personas de la diáspora, así como en numerosísimos cubanos que no procuran hacer público sus deseos. Es cierto que también contamos con otros, de una y otra parte, que hacen todo lo posible para que el odio y el resentimiento impidan el diálogo y la concertación. Sin embargo, es posible asegurar que éstos no han construido ni podrán construir nada. Entonces será necesario buscar la comunión entre toda esa diversidad dispuesta al encuentro para hacer de la Isla la mejor casa de todos, donde incluso se beneficien esos retrógrados; pero no permitamos que sean ellos quienes prefiguren nuestro presente y nuestro futuro.